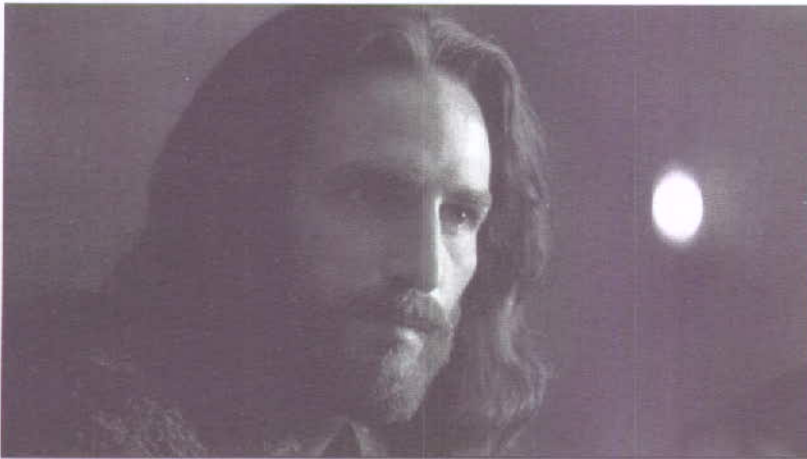


“La Pasión de Cristo” de Mel Gibson

Jorge Costadoat s.j.



Que a unos guste la película de Gibson y a otros no, abre uno de los debates más interesantes del último tiempo sólo en la medida que enfrentemos la pregunta decisiva: ¿puede gustarle a Dios este film como interpretación de la pasión de su Hijo? Me apuro a responder: no creo.

Nada hay más difícil que interpretar correctamente que el Misterio Pascual, la principal razón que los cristianos tienen para vivir y esperar. *La pasión de Cristo* de Mel Gibson, sin embargo, constituye una interpretación teológica muy preocupante.

La interpretación penal del sacrificio de Cristo

Probablemente Mel Gibson es inconsciente de la teología que él reproduce y propaga. Su película ofrece salvación a los pecadores, pero no de un modo gratuito.

Hasta el año 1000 aproximadamente, predominó en la Iglesia la teología de los padres griegos que subrayaba la importancia del don de Dios mismo en Cristo crucificado. Para colaborar en su salvación,

los hombres debían creer que, al entregarse Dios en la cruz por ellos, los amaba y salvaba libre y gratuitamente. Pero desde Anselmo en adelante, aun cuando en este santo predomina la convicción de la misericordia de Dios con las víctimas del pecado, la teología latina giró en contrario. Se afirmó que la salvación la otorga Dios gracias a la satisfacción que Cristo crucificado le ofrece en representación de quienes no pueden, siendo pecadores, reparar la ofensa de su honor divino. En lo sucesivo se desarrollaron teologías que, extremando la importancia de la entrega del hombre Jesús exclusivamente en la cruz, terminaron por lesionar la gratuidad del sacrificio y de la salvación cristiana.

Cito a Bossuet, predicador francés del siglo XVII, magnífico en describir la cruz como venganza de Dios a costa de su Hijo: «Era menester que el gran golpe del sacrificio de Jesucristo, que derriba a esta víctima pública a los pies de la justicia divina, cayera sobre la cruz y procediera de una fuerza mayor que la de las criaturas. En efecto, sólo a Dios pertenece vengar las injurias; mientras no intervenga en ello su mano, los pecados sólo serán castigados débilmente: sólo a él pertenece hacer justicia a los pecadores como es debido; y sólo él tiene el brazo suficientemente poderoso para tratarlos como se merecen. ¡A mí, dice, a mí la venganza! Yo sabré



pagar debidamente lo que se les debe: *Mihi vindicta et ego retribuam*» (Rom 12, 19). Era pues preciso, hermanos míos, que él cayera con todos sus rayos contra su Hijo; y puesto que había puesto en él todos nuestros pecados, debía poner también allí toda su justa venganza».

Como ésta, varias otras teologías encajaron a Dios en el paradigma de la justicia penal. Enseñaron que Dios castigó a Cristo en lugar de la humanidad. De tanto aislar el sacrificio de Jesús, redujeron los protagonistas de la cruz a dos, a Cristo que sustituye en ella a la humanidad y al Padre que la castiga en su Hijo. Este tremendo error fue posible al olvidar al tercer protagonista: fariseos y sacerdotes, los únicos que procuraron directamente su muerte.

Gibson excusa a Pilatos, acusa a las autoridades judías, pero traspapela la verdadera razón que tuvieron para matar a Jesús: un «reino de Dios» ofrecido tan generosamente a pobres y pecadores, echaba por tierra una religiosidad de premios y castigos. Abrogado el temor por el amor, las autoridades religiosas no tendrían cómo retener a las víctimas de las normas y ritos que ellas mismas habían multiplicado para someterlas a una religiosidad absolutizada, es decir, un conjunto de preceptos y hábitos que usurpaban a Dios la posibilidad de seguir orientando interiormente la libertad y la conciencia. Pero, al suprimir la gratuidad de la salvación, al exigir un castigo suficiente por los pecados, seguramente sin entender lo que está ha-

ciendo, Gibson invierte el sentido del cristianismo, pues hace del sufrimiento como castigo el secreto de la salvación.

¿En qué sentido el sacrificio de Cristo ha sido grato a Dios? Jesús no fue masoquista. Su Padre no fue sádico. Grato a Dios fue el sacrificio de Jesús a lo largo de toda su vida, no sólo en su pasión, particularmente desde que predicó la Buena Noticia del amor incalculable del padre del hijo prodigo (Lc 15, 11-32) y de la paga desmesurada del patrón a trabajadores que merecían infinitamente menos (Mt 20, 1-16). Ciertamente Dios no ha podido sino repudiar los azotes que infligieron a su Hijo los soldados romanos. Dios sólo ha podido querer que nunca más una criatura suya fuera torturada y, para ello, quiso El mismo en Jesús solidarizar hasta la muerte con las víctimas del pecado. A Dios es grato el amor de aquellos que, como su Hijo Jesús, hacen suyas las penas ajenas aunque ello les cueste la vida. ¡Para revelar este tipo de amor, para que este amor entrara de una vez por todas en este triste mundo, Jesús creyó necesario seguir hasta el final y su Padre, paradójicamente abandonándolo, sostuvo su libertad en vez de intervenir milagrosamente en su ayuda! Así Dios nos hizo libres, hijos del amor que vence el temor. Lo dice magistralmente la primera carta de Juan: «No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud del amor. Nosotros amemos,

porque él nos amó primero» (1 Jn 4, 18-19). Dios no necesita dañar para salvar. Dios no sabe castigar. Sólo sabe amar.

Un Cristo disociado

La película de Gibson repite el error de las interpretaciones penales del sacrificio de Cristo, pues aísla la pasión de Cristo de su predicación del «reino de Dios» y la conecta pésimamente con la resurrección de Jesús.

Sucede que, al prescindir Gibson de la vida de Jesús anterior a la pasión, desecha la única posibilidad de entender que el Misterio Pascual en el cual los cristianos creemos, es el misterio del amor de Dios y no el enigma de un «dios» que necesita castigar para salvar. Si se desconoce que Jesús tuvo un proyecto, el «reino de Dios», en los solos episodios de la pasión es imposible descubrir por qué lo asesinaron. La razón histórica de la muerte de Jesús, en el relato de Gibson, se halla completamente pulverizada. Al voleo se arguye que se tuvo por «rey de los judíos» o «mago». Se le acusa de violar las leyes del templo, de criminal, de loco, de hacerse llamar Hijo de Dios, de no observar el sábado, de enseñar una doctrina engañosa, de liderar una secta, de negarse a pagar el tributo al César. Aun cuando la acusación de blasfemia pudiera acreditarse como históricamente segura, ella no constituye «la razón» por la cual lo mataron sino la razón argüida para matarlo. Tampoco ha podido serlo acusar a Jesús de una pretensión mesiánica. Sólo así consiguió el Sanedrín que los romanos lo condenaran. Tantas falsas razones sólo han podido ocultar que a Jesús lo mataron por anunciar el «reino de Dios». La única referencia de Gibson al «reino de Dios», sin embargo, es para decirnos con Jesús: «mi reino no es de este mundo», siendo que la novedad más extraordinaria de Jesús fue haber proclamado la actualidad del reinado de Dios innumerables veces, anticipando simbólicamente en la institución de la eucaristía la plenitud de este reino en virtud de su muerte inminente. Gibson no parece entender que, sin el Misterio Pascual el reino de Dios no habría

acabado de llegar y que sin la predicación prepascual de Jesús el Misterio Pascual no sólo es ininteligible, sino que se presta a la mistificación del abuso del poder.

La desconexión de la pasión atañe al pasado de Jesús, pero también a su futuro de resucitado. Tratándose de un film sobre la pasión, sería injusto pedirle a Gibson todo un desarrollo de los alcances históricos y cósmicos de la acción del resucitado. La única conexión con lo anterior, sin embargo, es que Jesús resucitado está limpio de sangre y en las manos se advierten las cicatrices de la pasión. Pero, ¿no había sido ajusticiado injustamente? La resurrección del Cristo de Gibson no es justicia para el inocente Jesús. Para este Cristo no hay rehabilitación como víctima del pecado. ¿Pero tampoco es el Mesías que reina amorosamente junto al Padre! Todos los dados se han jugado para el perdón de los crucificados, pero no para la liberación de los crucificados. Jesús como víctima de la injusticia no interesa. Su causa, el «reino de Dios» a favor de los pobres, víctimas inocentes de una sociedad y religiosidad opresivas, no importa.

El film de Gibson se aparta de los Evangelios, no porque tomando un poco de todos elabora una especie de quinto evangelio. Es legítimo hacerlo. Tampoco porque añada cosas que no aparecen en los Evangelios. Lo hacen también los místicos. Gibson nos aleja de los Evangelios porque ofrece salvación para los pecadores, pero no para las víctimas del pecado. Y porque, para hacerlo, instrumentaliza a Jesús, pues su cruz sirve para salvar a los que lo crucifican pero su propio drama queda sin redención ni tampoco su causa: la irrupción de la misericordia de Dios con los últimos de siempre.

El Cristo de este film está profundamente disociado de aquella historia pasada en la que Jesús solidariza con los «crucificados», anunciando a ellos el amor preferente de Dios. Pero, además, no sólo desconecta la pasión de Jesús de su resurrección por cuanto esta no lo reivindica como víctima de un juicio inicuo, de un juicio cuyo conflicto de fondo no se entiende

para nada, sino que lo separa de los testigos a los que la resurrección rehabilita después de haber ellos experimentado la vergüenza de seguir a un condenado a muerte. En los Evangelios, en cambio, no hay relato de la resurrección sin testigos a los que el resucitado les cambia la vida. En razón de este grave olvido, el resucitado de Gibson no ofrece esperanza a las demás víctimas inocentes del pecado, sino que perpetúa la posibilidad de usarlas para la salvación de los crucificados.

La «pasión de Cristo» de Gibson no impresiona tanto por la violencia física que exhibe como por la violencia moral y religiosa que camufla.

La resistencia farisea al «reino de Dios»

La verdadera razón de la muerte de Cristo hay que buscarla en el proyecto de Jesús y en la oposición a él de las autoridades judías. Los *flashback* de Gibson a la historia anterior a la pasión son, sin embargo, casi insignificantes y en todo caso confirman lo dicho.

¿Quién mató a Jesús? A Jesús no lo mataron los esenios, ni los zelotes, ni los miserables que lo seguían esperanzados, todos ellos judíos, sino los fariseos y los sacerdotes saduceos, las autoridades religiosas judías que consiguieron de los romanos que lo eliminaran. ¿Es la película anti-semita? Unos dirán que sí, otros que no. Aparentemente esta discusión es inútil. Pero como el Cristo de Gibson no ofrece salvación a los judíos de Auschwitz y Dahau, a los pobres latinoamericanos, a las víctimas de Mao en China, a los nuevos crucificados del terrorismo islámico, vasco, checheno, etc., estos no tienen por qué conmoverse con tanta sangre. En este film la salvación es para los que, preocupados de su salvación eterna, deben cuidarse de un «dios» capaz de castigarlos horrorosamente.

La razón de la muerte de Jesús hay que buscarla en su enfrentamiento frontal con la religiosidad opresiva de los fariseos y saduceos, la religiosidad totalitaria que cerró las posibilidades de obedecer la vo-

luntad amorosa de Dios, más allá de las prescripciones de la Ley y de los sacrificios del Templo. Jesús predicó el «reino de Dios» a los malditos por esta religiosidad, a saber, las víctimas del pecado (los pobres) y a los pecadores (con quienes no se podía compartir del pan). Al reino Jesús abre la puerta mediante la fe en la bondad inaudita de Dios, su Padre y nuestro Padre, consistente fundamentalmente en la prevalencia en las relaciones humanas del amor al prójimo, amor que prolonga el amor con que Dios ama a buenos y malos. Al acercarse Jesús con libertad y amor a los últimos de su sociedad, llevando a ellos la noticia que para Dios ellos, y no los justos, serían los primeros, se comportó como un subversivo.

Para ver más de cerca el conflicto que Jesús desató con su conducta, es útil detenerse a considerar quién era «fariseo» en ese entonces. Dice el Evangelio que, ante «algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás» Jesús pronunció esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias. En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador! Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce será humillado; y el que se humille será ensalzado». (Lc 18, 10-14). ¿Es que Jesús despreció las buenas obras de los fariseos? No en cuanto obras buenas, sino usadas para obtener de Dios un derecho que se podía cobrar en las relaciones humanas como un privilegio sobre los demás y en su contra.

Atención: los fariseos eran tenidos por gente buena y muchos lo eran, pero también se los acusaba de falsos. Fariseo, en ese entonces, es un personaje que gasta una enorme energía en vender a otros una buena imagen de sí mismo. Él vive para esta imagen, la

imagen de quien cumple la Ley mosaica. Pero como nunca está a la altura de su cumplimiento, lo acosa la angustia de que lo descubran. Mientras tanto vive una doble vida. Para captar la esencia del fariseo, facilita las cosas traer las cosas al presente. Si el fariseo es cristiano puede estar casado, ser un buen padre de familia, ir todos los domingos a misa, y tener una amante. Se confiesa y sigue. El lado oscuro de la vida, no obstante todo su empeño, lo persigue como una sombra. Vive aparentando. Es decir, ocultando, enmascarando, disfrazando sus intenciones malsanas, sus grandes y pequeños fracasos, disimulando los conflictos que no puede resolver y que no tiene fuerzas para resolver, porque toda la fuerza la ha apostado a ser la imagen perfecta de sí mismo a partir de la cual se relaciona con los demás, imponiéndoles por su conducta formalmente intachable. Pero, al sacrificar al ídolo de su imagen su identidad más profunda, el fariseo niega la originalidad de la identidad y de la libertad de los demás.

El perfeccionismo hipócrita del fariseo lo daña a él y a su prójimo. Son clásicas las controversias de Jesús acerca de la interpretación del descanso sabático judío. Si para los fariseos es más importante cumplir la norma, para Jesús lo es ocuparse de las personas. Jesús defiende a sus discípulos que, arrancando espigas, violan la letra de la Ley porque tocó que un día determinado sintieron hambre. Su criterio es que "el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado" (Mc 2, 27). Dice San Marcos que, habiendo un hombre con una mano paralizada, Jesús lo curó, escandalizando a sus adversarios: «Estaban al acecho a ver si le curaba en sábado para poder acusarle. Dice al hombre que tenía la mano seca: *Levántate ahí en medio. Y les dice: ¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?* Pero ellos callaban. Entonces, mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: *Extiende la mano.* Él la extendió y quedó restablecida su mano. En cuanto salieron los fariseos, se confabularon

con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle» (Mc 3, 1-6). A Jesús lo matarán por cumplir la Ley no a la letra, sino de acuerdo al Espíritu del Legislador, a saber, el Espíritu Santo.

También se enfrentó Jesús a los sacerdotes pertenecientes al partido de los saduceos. Ellos administraban el Templo y los sacrificios que en este se realizaban para el perdón de los pecados. Así como Jesús relativizó la importancia de la Ley mosaica en orden al advenimiento del «reino de Dios», lo mismo hizo respecto del Templo. Todo indica que para Jesús la fe en Dios se vive principalmente puertas afuera del Templo y que el sacrificio más grato a Dios es el del auténtico amor al prójimo.

Gibson exhibe la sangre, pero oculta el conflicto. Al negar la historia del conflicto, niega al misterio de la cruz la posibilidad de entenderse como amor gratuito. Resalta el sacrificio de Cristo, pero cancela la gratuidad del amor de Dios ofrecida primero a las víctimas del pecado y luego a los pecadores y, a la pasada, hiere el pudor de mayores y menores.

El cristianismo pendiente

La «pasión de Cristo» de Gibson es otra expresión de las interpretaciones penales del sacrificio de Cristo que tanto daño han hecho a la encarnación del Evangelio. Muchos no son cristianos porque les parece que, de alguna forma, la cruz justifica el sufrimiento inocente, la irracionalidad de la violencia y la perpetuación de la culpa. Entre los cristianos, aquí y allá, lamentamos las consecuencias de la inversión del sentido del sacrificio de Cristo cuando, para vivir nuestra fe, debemos participar activa o pasivamente de la dureza de un «dios» que no es el Dios exigente pero tierno de Jesús. Dolorismo, victimismo, servilismo, autoflagelación, resignación, exacerbación de la culpa, sometimiento, indulgencia con la tortura, miedo a equivocarse, anulación del valor de la libertad en el cumplimiento de la ley moral, expropiación de las conciencias e indiferencia ante los fracasados, son muestras que obs-

curecen nuestra imitación de Cristo. El fariseísmo se recicla en el cristianismo. No es Gibson el problema, ¡somos todos! Para camuflar nuestra hipocresía negamos la historia, escondemos los conflictos no resueltos y, para ajustar las cuentas con la imagen idolátrica que deseamos cultivar de nosotros mismos, cargamos a los inocentes las culpas que no podemos soportar.

¿Habría bastado una gota de sangre de Cristo para la salvación de la humanidad? Unos pensaron que sí. Gibson parece convencido de que ha sido necesaria mucha sangre. ¡Absurdo! No es la sangre de Cristo, la pura pasión, sino la entrega de toda una vida para hacer creíble que Dios abomina la violencia y sus víctimas, lo que ha sido establecido como principio del reino de vida plena que, a partir de la resurrección de su Hijo, Dios comparte gratuitamente con todas sus criaturas comenzando por los judíos. No es el dolor por sí ni menos el dolor del castigo, sino el amor apasionado y misericordioso del mismo Hijo de Dios para que la memoria de ninguna víctima sea borrada para siempre, lo que merece fe y da esperanza a los crucificados de la historia y a los que cargan con su cruz de cada día. Es la compasión cristiana con las personas concretas que sufren los efectos de los pecados propios y ajenos, la vía mediante la cual los pecadores pueden verificar en su beneficio el perdón que Dios les ofrece libre y desinteresadamente.